



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

- CARLOS MIRANDA
De parranda.
- MINGO REVULGO
Ojo por ojo...
- J. SÁNCHEZ GERONA
Pas-á-quatere.
- J. ROQUÉS GONZÁLEZ
Modelo de virtud.
- CLEMENTE DE CASTRO
El matute.
- LUIS DE OSSA
Abandonada.
- F. DE SOREL
La gran aventura.
- JOSÉ BRISSA
Coplitas.
- FÉLIX RECIO
Mi labor con Adela.
- JOSÉ PASTOR
Sueño de amor.
- JACINTO CARMÍN
La higiene sobre todo...
- EMILIO CARRERE
Confidencia.
- TOVAR, DEMETRIO y UGO BRUNI
Caricaturas y retrato. de Luz Barrilaro, Eduardo Rosón y otros dibujos.



LUZ BARRILARO

Como modelo de coquetería y de hermosura, no sabemos que tengan ustedes nada que pedir.

5 cénts.



LA CHALEQUERA Y EL SASTRE
(RELATO FIEL DE UN DESASTRE)

Don Cornelio Chibalete
—dueño de una sastrería
de la calle de Topete—
se ha casado el diez y siete
del actual con Gala Uría
—chalequera de buen ver—,
y los primeros disgustos
entre marido y mujer
“tuvieron lugar”, ayer,
¡a los trece días justos!

Ya al saber la vecindad
lo de la boda en cuestión,
pensaba: “¡Qué atrocidad!”,
como siempre que el varón
á la hembra dobla la edad;
y como se presumía
lo que al anciano infeliz
le iba á pasar, se decía:
“Hame dado en la nariz
olor á barraganía”,...

Y—efectivamente—ayer,
al despertarse en el lecho
conyugal el sastre, y ver
que no estaba su mujer,
gritó airado: “¡No hay derecho!”

Se levantó de la cama
con la natural escama
y, á guisa del que hace un robo
nocturno, á paso de lobo
fuese en busca de su dama.

Presuroso y desalado,
toda la casa corrió
sin verla por ningún lado;
pero olvidó el... (excusado
es decir lo que olvidó).

Un sudor copioso y frío
rezumaba por los poros
de su piel, y—con bravo
gesto y en tono sombrío—
clamó: “¡Ciertos son los toros!,

Con palabras doloridas,
llorando, al ver tal desastre,
sus ilusiones perdidas,
murmuraba el pobre sastre:
“Debí tomar mis medidas,
y no consagrarme á obscuras
por la noche á las dulzuras
del lecho nupcial. ¡Malhaya
mi suerte! Pero, á ella, ¡vaya
si le siento las costuras!”,

Como dicen que no es mal
sastre el que conoce el paño,
no dudaba el carcamal
que era él mismo el principal
responsable de su engaño.

“Merezco—decía—tanta
desdicha, por buscarme esta
desventura que hoy me espanta;
pues, quien con niñas se acuesta,
ca... breado se levanta.”

Volvió en esto del retrete
la mujer de Chibalete
(que había tenido cólico)
y, en cuanto la olió, el vejete
le dijo así, melancólico:

“Me avergüenza lo que has hecho,
deshonrando á tales horas
la santidad de este lecho;
mas, en fin, á lo hecho pecho,
como decís las señoras”,...

Don Cornelio hizo una pausa.
Le miró ella como boba;
pero se fué de la alcoba
cuando comprendió la causa
del disgusto; y con la escoba
le dió, con tal frenesí,
que le hizo una brecha en los
“morros”, y él dice: ¡Ay de mí!
Son mis labios un rubí
partido por Gala en do s...

Carlos Miranda.

OJO POR OJO...



STAMOS en la Persia, en pleno verano, en pleno pueblo, en pleno mesón.

En este mesón, á pesar de ser de los de mala muerte, hay varios personajes importantes: Alí, Bhandolina, Benamar, Moka...

Bhandolina, además de ser esposa de Alí, desde el momento mismo en que comienza nuestra narración, es una *persiana* que quita la cabeza; Benamar es un tío de Bhandolina, bastante noble y bastante bruto; Moka es el amigo, el hermano de Alí; Alí... Alí es un caballere que se las trae.

Alí es, á la sazón, primer ministro y hombre de confianza del Gran Visir; joven, guapo, bueno, noble, listo..., escaló tan alto puesto por sus propias fuerzas, si bien muchas lenguas persas aseguran que también lo elevaron las favoritas de su señor. Lo cierto es que el Gran Visir tenía depositado en él toda su confianza..., ó, mejor dicho, *casi* toda su confianza, porque...

×

Tres años antes de los sucesos que vamos á referir se desarrolló entre Alí y su señor una violentísima escena. El Gran Visir—viejo, muy viejo, y medular, muy medular—tenía una favorita preciosa, y además de preciosa *ociosa*; y como la ociosidad es la madre de todos los vicios, he aquí que Alí y la favorita se entendieron y se entrevistaron con una frecuencia aterradora.

Y en una de estas entrevistas—quizá la más dulce, más tierna y más *expresiva*—los amantes se vieron desagradablemente sorprendidos por la presencia del Gran Visir.

Era inútil negar. Les denunciaba todo, y más que todo la *posición* que ocupaban.

El Visir les contempló un buen rato. Extrémeciéndose su cuerpecillo arrugado, bailaron sus ojuelos saltones y en sus labios apareció una sonrisilla satánica. Se repuso como pudo de un vahído—de uno de aquellos vahídos que le atacaban en los momentos *solemnes*—y dirigiéndose á su primer ministro, dijo así:

—Bien, bien, Alí; me suponía vuestra traición. He querido convencerme... y lo conseguí. Yo podía matarte, Alí...

—Señor...—suspiró el primer ministro, haciendo ademán de arrodillarse.

—Pero, no... no te apures, que no te mataré. Te necesito para mi reino... y te perdono...

—¡Oh!... ¡Gracias, señor!

—Te perdono la vida; pero no la traición. Esa la castigaré de este modo: con la pena del Talión.

—¿Eh?

—Ojo por ojo, diente por diente,



—¿Qué le haces á Carlitos que desde que estáis en San Sebastián está desmejoradísimo

—Yo, nada; es él, que desde que llegamos no prueba la carne, porque dice que como está en puerto de mar no quiere más que marisco.

—¡Ojo por ojo, señor!...—replicó, algo escamado, el primer ministro.

—Sí; ojo por ojo... Tú has hecho tuya mi favorita, la que yo más quise. Ya te casarás tú... Y cuando lo hagas...

—¿Qué?

—Entonces yo me vengaré de tu traición; tu esposa será mía tantas veces como fué tuya mi favorita, ¿entiendes?

—Entiendo, señor—contestó Alí con la cara muy compungida; pero riéndose por dentro una enormidad, pues él no pensaba casarse nunca...

¡Y siguió entrevistándose con la favorita!



El hombre propone, Dios dispone... y Alah suele también meter baza de vez en cuando.

Y ahora fué Alah quien dispuso que Alí se



Ella.—Lo que tú eres es un boqueras que quieres chuparme el sudor.

El.—¿Qué más quisieras, ansiosa!

enamorara perdidamente de Bhandolina hasta el punto de casarse con ella.

—¡Casarme!—exclamó aterrado Alí cuando pensó en el Himeneo.—¡Ojo por ojo!... ¡Lagarto, lagarto!—volvió á exclamar, recordando la venganza del Gran Visir.

Pero como el amor todo lo puede, y Bhandolina no cesaba de pedirle que arreglara los papeles, Alí se decidió, al fin, á casarse, sin que lo supiera el Gran Visir. Para ello envió á Bhandolina, á su tío y á Moka á un

mesón bastante lejano de la corte; pidió el permiso al Gran Visir para reponerse en el campo de una grave dolencia y se marchó al mesón, donde se casó con Bhandolina en presencia de dos únicos testigos: Benamar y Moka.

En el instante mismo en que los nuevos esposos regresaban al mesón con sus testigos de boda, entraba también el Gran Visir, que venía á informarse del estado de su primer ministro.

Fué un momento brutal. Alí quedó de pié, inmóvil, como si lo hubieran clavado en el suelo. El Visir interrogó con la mirada á su primer ministro.

—¿Qué tal, Alí?

Y luego, fijándose en la recién desposada, volvió á preguntar:

—¿Quién es esta mujer tan bella? ¿Con quién acaba de casarse? ¿Quién es ese mortal venturoso?

—Mi amigo Moka—exclamó Alí, á quien se le acababa de ocurrir aquella idea salvadora.

—¿Conque tu amigo Moka es el esposo de tal belleza?... Bien; le haremos capitán de mi guardia nocturna... Que se traslade con su esposa á palacio...

Y luego, cogiendo por un brazo á su primer ministro y paseando con él, le dijo:

—Escucha, Alí; hoy me siento magnánimo,

—Decid, señor.

—Mira... Si me proporcionas á la mujer de tu amigo Moka... te perdono mi venganza... Ya sabes... la de ojo por ojo.....

Alí quedó aterrado...

Peró es fama que prometió complacer al Gran Visir, y al día siguiente huyó con Bhandolina á lejanas tierras.

Mingo Revulgo.



SUCEDIDOS...

Detalle de una causa de adulterio, vista á puerta cerrada.

Una señora dirigiéndose á un individuo que estaba á la puerta del Juzgado:

—¿Caballero, es aquí donde se falla una causa de adulterio?

El.—Sí, señora.

Ella.—¿Puedo entrar? Soy la interesada.

—¡Ah! ¿Es usted la adúltera?

—Servidora de usted,

—Entonces... mejor, entremos juntos.

PAS-A-QUATRE

SIEPRE que Alfredo abría la puerta del estudio, advirtió que la del otro extremo de aquel último descansillo de la escalera, se cerraba cautelosamente.

Allí, frontero á su taller, había otro, alquilado dos semanas antes por una pintora.]

Ya la portera le había dado acerca de éstos algunos detalles, y aunque Alfredo no puso

la menor atención al escucharla, hubo de saber que la nueva inquilina era hermosa, que vivía sola y que comía en la calle. A todo aquello, que ya era raro, añadía la buena mujer una circunstancia verdaderamente extraña y que merecía ser muy tenida en cuenta: la pintora era francesa. Es decir, nadie sabía, á punto fijo, su nacionalidad; pero claro es que debió de nacer allende los Pirineos, puesto que no hablaba nuestro idioma. Y á la portera le hacía muchísima gracia decir una cosa en lenguaje tan claro como el que usaba (era de

Torrijos) y que hubiera una criatura mayor de edad que no la entendiese. En su vida le sucedió nada semejante... y eso que había conocido y tratado gentes de todas partes, hasta catalanes.

Alfredo había olvidado aquella conversación y no pensó más en la artista, cuyo nombre ignoraba,

Pero en la creciente ansia que le obligaba á separarse del caballete y correr á la puerta, aplicando el oído contra la cerradura cada vez que sentía un rumor en la escalera, las indiscreciones de la portera acudían con insistencia á su mente sin explicarse la razón de ello, ni poder desecharlo, como esos motivos musicales que se fijan en el cerebro obstinadamente y se repiten sin tregua, aturdiéndonos.

Una de las veces que escuchaba, habiendo entreabierto el ventanillo para oír mejor, vió cómo del cuarto vecino salía una mujer que, andando de puntillas, se asomaba al pasamanos de la escalera, avanzando el soberbio busto, inclinando la gentil cabeza rubia, para mirar con angustias hacia el fondo. La vió también hacer un mohín de despecho y agitar nerviosamente los menudos pies bajo la bata de muselina que envolvía su cuerpo,



—¡Qué bien armado va ese navío, Gutiérrez!

—¡Sobre todo, de popa!

modelando los arrogantes contornos.

Sin duda aguardaba á alguien, y las pisadas, que se oían cada vez más próximas, no eran las de la persona esperada. Y entonces Alfredo recordó que la portera le había hablado de un señorito muy guapo, que visitaba á la francesa todas las tardes, y que debía de ser novio suyo.

Los pasos iban subiendo, subiendo... Parecía el modo de andar de ella... y el joven, que ya desconfiaba de recibir su visita aquella tarde, no pudiendo reprimir la impaciencia, alzó el picaporte y salió al rellano para ver quién llegaba. Saludó con una inclinación de cabeza á la colega y miró.

Era una mujer, en efecto, pero no la *suya*. Se detenían en el piso inferior y llamaba á uno de los cuartos laterales. Entonces sintió

un desencanto grandísimo. ¡No era Lola!... La artista se retiró discretamente.

Alfredo apoyó los codos sobre la balaustrada y ocultó con desesperación el rostro entre las manos.

La escena ocurrida la noche anterior entre Lola y él surgía en su pensamiento con desgarradora nitidez y precisión. Primero, las frases zahirientes, dichas con disimulo para que no lo advirtiesen las personas que les rodeaban; luego, los amargos reproches; finalmente, las palabrotas soeces escupidas rabiosamente en el oído; la indignación de ella que palideció hasta el punto de que su marido lo notase; aquel marido admirable, que jamás logró enterarse de nada; después, la terrible amenaza de Lola de no volver á verle... Él había suplicado entonces: "Si no vas mañana á casa—añadió al despedirse—creeré que das por concluido todo lo que ha habido entre ambos."

Durante el día esperó ardentemente que llegase la hora de costumbre; pero ésta pasó y la muy querida no vino... ¿Todo estaba terminado, pues?

Y el pobre muchacho, que necesitaba de aquel amor, como la luz, para vivir, se retorció sollozando, en tanto que las lágrimas resbalaban por sus dedos crispados.

Nuevamente sonaron pasos allá en lo hondo, unos pasos fuertes que no podían ser los de la amiga. Ni siquiera separó la cabeza de entre las manos.

Tampoco advirtió que la puerta del otro estudio giraba sobre sus goznes, ni que la bella inquilina se asomaba febrilmente á ver quién subía. Sólo volvió á la realidad al sentir el suave calor de una mano sobre su hombro y una voz dulcísima de cariño y compasión:—*¿Anche voi aspettare?*

Alfredo se volvió rápidamente y vió delante del suyo el delicioso semblante de la pintora que le sonreía con tristeza. La miró á los ojos, como los suyos, llorosos.

¿El también esperaba? No había hecho otra cosa en todo el día?

Contestó en el mismo idioma aprendido durante su permanencia en Italia.

Y se puso á describir con dolorosa sencillez toda su desdicha.

La extranjera le escuchaba visiblemente

conmovida. Cuando terminó el joven su relación, ella á su vez refirió las causas de su ansiedad y de sus frecuentes salidas al descansillo.

Las dos historias era casi idénticas.

De esta semejanza, en el origen de ambos sufrimientos, emanaba la simpatía mutua que iba comunicándose entre ellos por sus miradas húmedas á lo largo de sus manos enlazadas inconscientemente.

Alfredo hablaba de la inexistencia del amor, de la caducidad de los placeres terrenos, de la liviandad de este mundo, donde todo es mutable y perecedero; y ella asentía con la cabeza, abandonándose lánguidamente sobre el pecho del atribulado artista, con la dejadez y la confianza que produce la pena intensa.

El calló, y al inclinar la cabeza con desaliento, su mejilla febril rozó la mejilla febril de la italiana.

En aquel momento una racha de aire cerró violentamente la puerta del cuarto de Alfredo, y abrió de par en par la del otro estudio.

A ambos les pareció aquello simbólico.

Dieron algunos pasos sin soltarse las manos, unidas las cabezas, mezclando sus lágrimas...

Y la puerta se cerró misteriosamente tras ellos.

✱

No habrían transcurrido dos minutos cuando sintieron crujiir los peldaños de la escalera bajo un taconeó menudo y rápido que cesó frente al cuarto de Alfredo. En el silencio se oyeron las agudas vibraciones de un timbre.

Pasaron algunos momentos. Allá abajo resonaban los pasos graves y sentados de un hombre que subía la escalera. Al fin,

los dos recién llegados se reunieron en el rellano más alto.

—Caballero...

—Señorita...

—¿Usted venía al cuarto de Alfredo?

—No... no, señorita. Venía al otro.

—Pues, creo que no hay nadie.

—¡Ah!

—Le sucede á usted lo que á mí; Alfredo también se ha marchado.

—¿Qué contrariedad!...

EDUARDO ROSÓN



Uña y carne (más carne que uña) de nuestro compañero de redacción *Un pequeño reporter*. Concejal organizador del festival del Retiro á beneficio de las familias de las víctimas de la galerna; con lo que ha demostrado que *Un pequeño* sabe organizar esas cosas mejor que un grande.

Nota.—Ese grande es Aguilera. (Caricatura de Ugo Bruni.)

La examinaba atentamente, hallándola elegante y deseable: ella soportó el examen sin inmutarse: su interlocutor era guapo y tenía en todos sus ademanes y palabras esa simpatía atrayente de los hombres del mundo.

—Si quiere usted descansar un momento— dijo Dolores—, yo tengo la llave del estudio de Alfredo

—Mil gracias, señorita... Pero ignoro si debo aceptar... Tal vez mi presencia fuese importuna...

—No, de ningún modo: venga usted; hablaremos de muchas cosas.

Y entraron. Tras ellos la puerta del estudio giró, cerrándose silenciosamente.

J. Sánchez Gerona.



MODELO DE VIRTUD

—Acércate á la rejilla

—Me acuso, padre Lodones, de que tengo relaciones con un chico de Sevilla.

—Si ansías el matrimonio, no temas; que no es pecado; pero, niña, ten cuidado que, á veces, tienta el demonio. ¿Le has dicho guapo?

—Jamás

—Ya sabes que eso está feo...

—¡Ay, padre, cuando lo veo, cada vez me gusta más!

—Si de gustarte no pasa, es un simple pecadillo. ¿Habláis?

—En el descansillo de la escalera de casa.

Yo, padre, estoy á su lado

—¿Y hay luz?

—Solo así, así... medio á obscuras...

—¡Ay, de mí! De seguro que has pecado.

—No, señor.

—Mas, la escalera...

—¡Por éstas!

—Perfectamente. —No me ha besado en la frente... una sola vez siquiera.

—Así me gusta, hija mía, sigue la virtud en pos y reza, devota, dos ó tres Salves cada día.

(No he visto otro caso igual; tener así la ocasión

y no darle tentación de ser esclava del mal.)

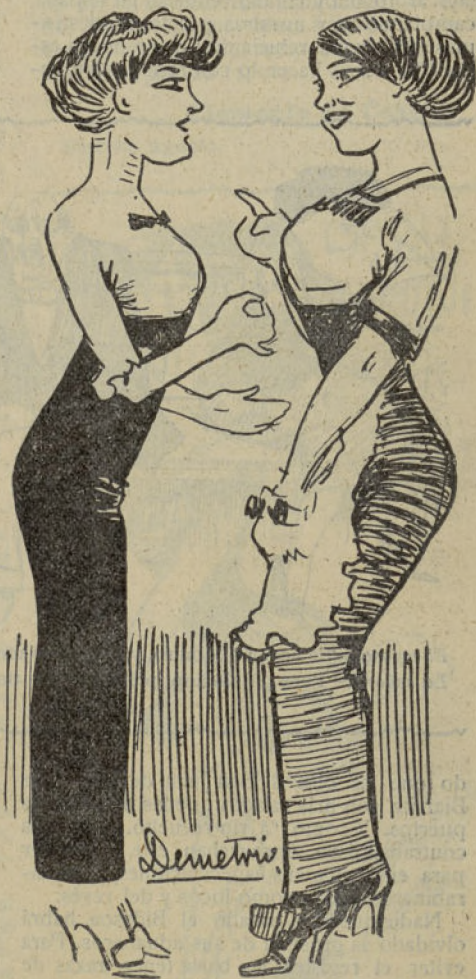
¿Y desde cuándo, cristiana, sostienes las relaciones?...

Dímelo...

—Padre Lodones...

¡Desde ayer por la mañana!

J. Roqués González.



—¡Pero, qué pasaba entre Juanito y tú para que se enfadase tanto tu padre?

—Te juro que no pasaba lo más mínimo.

—¿Tan juntos estábais?

EL MATUTE

Los baños de mar, la belleza de los paisajes pirenaicos y otras causas, han aumentado en Irún el trasiego y vaivén de viajeros: muchos franceses, aprovechando la enorme diferencia de los cambios (están, ¡ay! al treinta y tantos) veranean en España, cambiando por nuestras pesetas modestísimas sus *luisés* relucientes; y no pocos españoles cursis hacen lo contrario, aseguran-

fueron ó no lavadas, sepultando sus manos descorteses por todas partes, pareciéndoles siempre que los baúles tienen doble fondo...

De estas malas mañanas estaba bien enterado don Hipólito X., vecino de Burgos, el cual, después de pasar en Burdeos una agradable temporada de ocho meses, regresaba al domicilio conyugal llevando á su esposa una lindísima falda de barros y un sombrero magnífico, con broches de oro, terciopelos, amazonas y otras inútiles zarandajas.

Al principio, don Hipólito pensó meter en su baúl aquellos regalos y pagar resignadamente lo que por ellos le pidiesen; pero luego reflexionando mejor y sabiendo, por ajena experiencia, que el importe de los derechos de introducción de ambos objetos no bajaría de sesenta ó setenta pesetas, resolvió discurrir algún ardid ingenioso para que los aduaneros nada le reclamasen.

— ¿Qué haré?— pensaba don Hipólito mordiendo las uñas;— ¿qué haré?... ¡Siyo pudiese ponerme la falda y el sombrero de mi mujer sin llamar la atención...!

Con don Hipólito viajaban una joven francesa muy elegante y una señora de edad incierta que parecía aya ó algo así. El vagón era de primera, y la muchacha... ¡de primera, también!... Y, tan abordable, que bastaba echarse la mano al bolsillo "por una cosa que valiese la pena," para llegar á ella triunfalmente. A don Hipólito, pequeño, regordete y sanguíneo, se le saltaban los ojos, tras tan picante bonitura. Hablaron mucho; el burgalés preguntó á su alegre compañera qué debía hacer para merecer su amor. Ella contestó sonriendo:

— Nada ó casi nada: ateverse...

— ¿A qué?



El esposo.— ¡Se acaba el dinero, y la cosa se me pone muy mala!

La señora.— Pues pídele á mi primo, que la tiene buena.

do que las olas de San Juan de Luz ó de Biarritz son más saladas que las de nuestros puertos. Y como "á río revuelto..." etc., los contrabandistas aprovechan este ir y venir para ensanchar sus especulaciones, y los carabineros andan como locos y del revés.

Nadie que haya pasado el Bidasoa, habrá olvidado la grosería de sus aduaneros. Para evitar el registro no basta tener trazas de personas decentes, ni repetir que "no tiene uno nada que declarar", los del *spoliarum* no se dan por contentos hasta no revolverle á usted la bilis y el equipaje, deshaciendo atadidos, abriendo cajas, oliendo ciertas prendas de uso íntimo para cerciorarse de si



—¡Qué tapada va la señora al baño!
 —¡Si es que le dicen á una cada cosa al salir de la caseta!...
 —¡Mientras no hagan mas que decir!as!

—A perder cien francos.
 Don Hipólito calló, desconcertado por los ceros de aquella suma que juzgó exorbitante. Después, sin que él descubriese sus verdaderos sentimientos, ni ella pretendiera, con caricias, poner banderillas á su generosidad, charlaron de otros asuntos. Don Hipólito declaró el contrabando que lo estorbaba.

—Estoy cierto—añadió—de que me obligarán á pagar derechos.
 —Si usted quiere—repuso la joven,—cuando lleguemos á Irún yo puedo ponerme la falda y el sombrero que lleva usted y así nadie podrá sospechar que son nuevos.

—¡Perfectamente!—exclamó don Hipólito quebrándose de gozo;—magnífica idea... ¡Qué imaginación, hija mía, tiene usted tan feliz!

El cándido vecino de Burgos ignoraba todabía cuán exageradamente exacta era su observación. En Irún echaron pie á tierra y fueron á la Aduana para presenciar el registro de sus maletas; una vez allí, la joven, protegida por los carabineros que inspeccionaban á los viajeros con ojos terribles, murmuró al oído de don Hipólito y aferrándose á su brazo:

—Yo acepto la pasión de usted; mas... si no me facilita usted los cien francos que le he pedido, declaro ahora mismo que la falda y el sombrero que llevo son nuevecitos y que lo confieso así porque no quiero ser cómplice de las surpercherías de un señor á quien no conozco.

Don Hipólito quiso protestar, Ella le interrumpió:

—No transijo, no admito explicaciones
 ¿Acepta usted...?

Don Hipólito aceptó; había echado sus cuentas: la joven necesitaba cien francos; los derechos de aduana podían ascender á setenta francos; total, que por la pequeña diferencia de seis dureses...

Al otro día, la esposa de don Hipólito recibió el telegrama siguiente.

“Fatigadísimo. Paso noche Irún. *Chacho.*”
 Y lo mejor del caso es que don Hipólito, á pesar de haber dado señaladas muestras de ser el hombre más económico del mundo, ha tenido que volver á Burdeos con su *compañera* para comprar otro sombrero y otra falda para su esposa.

Clemente de Castro.

Biarritz, Agosto.



Caricatura de Mary Bruni hecha por Ugo Bruni, padre y compañero de dueto de la notabilísima cancionista.

ABANDONADA

Ay pocas palabras tristes en el lenguaje del amor y es ésta la más triste de todas. *Abandonada* se dice de la mujer que no ha tenido arte ni influjo para retener á su lado al que la amaba. Es esta la mayor desgracia que puede acontecerle á una mujer, no sólo por lo que sufre su amor propio,



—Mira mamá, yo no tengo inclinación al matrimonio.

—Falta de experiencia. Cuando le tomes el gusto, variarás de opinión.

—Pues ahora me entero dónde tenemos el paladar las mujeres.

sino porque una vez abandonada por el primer amante, los que hubieran de sucederle la han de estimar en menos.

Así, la mujer que ama y la que desea ser amada debe tener esta constante preocupación de un posible abandono.

Todos los medios son buenos para impedirlo; pero hay dos reglas infalibles de conducta.

La novia, para evitar que el novio la abandone, debe procurar ser siempre, en toda ocasión, en todo día y á toda hora codiciada de una manera progresiva. No se debe presentar nunca ante el novio, si por en-

fermedad ó desaliño pudiera parecerle menos bella; no debe hacerle concesiones amorosas sino lentamente y cuidando que la caricia de hoy no le parezca menos sabrosa que la que el día anterior le otorgaba. Todo disimulo y todo engaño debiera estar permitido á una novia, si no tiene otro fin que el de no ser abandonada por su novio. Debe contener todas sus malas pasioncillas, ocultar sus defectos, procurar aceptar las ideas y opiniones de su novio, siéndole grata siempre y haciéndole creer que traspuesto el dintel de la Vicaría, le aguardaba un Paraíso lleno de delicias inefables.

La amante, para no ser abandonada por su amante, debe pensar en que no puede ofrecerle un porvenir, como la novia, sino que ha de otorgarle un presente. Así todo su secreto ha de ser éste: que en las horas que el amante pase en su compañía no haya un minuto de aburrimiento. Si no acierta á hacerle reír, que le haga llorar, que le dé celos, que le haga enfurecerse; pero, ¡por Dios!, que no se le abra la boca de hastío. El cuidado de su belleza ha de completar la sugestión que la librárá de ser abandonada.

Luis de Ossa.

POR UN POR SI ACASO...

Oid el sistema singular que emplea un artista, amigo nuestro, cuando se propone saber si una mujer le amaré por interés ó por amor.

—¿Tenéis deudas por casualidad?—le pregunta;—no fuera extraño; ¡el vestir cuesta tan caro! Confiádmelo, como un amigo. Acabo de entrar en posesión de una herencia y me hallo en el caso de hacer un favor.

O bien:—Desearía ofreceros un regalo. Pensad, calculad lo que más os gustaría. ¿Un brazaletes? ¿un collar? ¿un chal? No os quedéis corta. Acabo de dar un gran concierto, cuyo producto me permite obrar á lo grande.

Excusado es decir que nunca paga ninguna deuda, á no ser la suyas, ni envía regalo ninguno; pero según la respuesta permanece ó se retira. Debemos añadir, en honor de la verdad, que se retira muy á menudo.

LA GRAN AVENTURA

DORABA la manzanilla el cristal de los vasos. Botella tras botella, los cuatro amigos, en el alocado narrar de aventuras, habían apurado la quinta.

Hablaban de guapezas de chulo, de "timos," dados á infelices mujeres que, ingenuas, se habían confiado á su canalesco proceder.

Pepe callaba escuchando el jactancioso charlar de sus amigos, asomando en sus labios una sonrisa de burlesca ironía. Eran para él aquellas aventuras impropias de gente educada; si siempre creyó que engañar á una mujer era una bajeza.

Hubo unos momentos de silencio.

—Y tú, Pepe, ¿qué cuentas? — preguntó alguien. — ¿Has dado algún *mico*?

—Nunca; siempre he sido yo el engañado.

—Serán tus aventuras de colegial. Cuéntanos una.

—Voy á complaceros — consintió Pepe.

Y después de paladear el "chato," de Argüero, comenzó su narración:

—Erase al caer de la tarde; uno de estos atardeceres peregrinos en que el sol del día ha dejado en nuestra sangre calor de besos; este sensualismo que no dominamos ni en los brazos de la más encantadora mujer ni con las más extravagantes caricias. Tomaba mi *wisky* en un *bar* de la calle Nueva, esta calle tan golfa, tan montmartresca, siempre reidora como mujer que en exceso hemos complacido. Junto á mi velador sentóse una elegante. Falda ceñida y cortita que dejaba ver el comienzo de unas pantorrillas que yo presumí serían admirables; blusa de seda con calados de encajes que permitían curiosear una carne aterciopelada, incitante, por la que

debían resbalar los labios suavemente. En su cabeza flameaban altivas las ondulantes amezonas del canotier. Semejaba un figurín parisino. Vosotros ya conocéis el encanto irresistible de mi mirada...

—¡Autobombo, autobombo! — exclamaron burlones los amigos.

—Autobombo merecido y muy justo — repuso Pepe con socarronería. — Bueno; prosigo mi relato.



—¡Ay, Jesús, que se lo tira!

—Mi vecina de *bar* se sintió al poco rato dominada por el magnetismo de mis miradas, y allá fué el "flirteo." A seguida de actuar los ojos, comenzaron también los labios y conversé con ella. Estaba comprometida; tenía un hombre de dinero y "no quería faltarle." Invítela á cenar y rehusó al principio; pero después de mucho insistir, prometióme cenar allí mismo al otro día, y se despidió no sin antes dejarme en prenda de que acudiría á la cita una moneda de cinco céntimos agujereada.

—Es mi amulito — dijo. — Vale muy poco; pero á esta moneda debo mi suerte. Mañana te explicaré la historia de ella; es muy intere-

sante. Comprende tú si tendré interés en que me la devuelvas.

✕

A la tarde siguiente acudí con ridícula antelación á la cita. A poco llegó ella, y sentándose junto á mí, muy cariñosa, me suplicó la perdonara si no me complacía tampoco aquella tarde. Su amigo cenaba con ella y no era cosa de faltarle tan descaradamente. ¡La daba tanto dinero!

Devolvíle la misteriosa moneda, triste y descorazonado al ver que no podía satisfacer



—¿Quiere usted que nademos al unis?

—Ay... se iba usted á ir al fondo.

—¡Cál! ¡Si mi especialidad es el buceo!

mis deseos. El vaho tibio y perfumado de su cuerpo acicateaba mi deseo.

—No te desesperes, monín—díjome zalamera.—Mañana será.

Yo desconfiaba; pero ponía tanta vehemencia, tanta pasión en sus palabras, que llegué á no dudar y á desearla más.

Al despedirnos me rogó le diera algo en prenda.

—¿Qué quieres?—la pregunté.

—Cualquier cosa: una moneda, una sortija, tu reloj... Así creeré que no faltarás á la cita.

Mi reloj, un magnífico extraplano de oro que me costó quinientas pesetas, pasó á sus pecadoras manos.

✕

Excuso deciros, queridos míos, cómo aguardé la bendita hora en que aquella espléndida belleza me recibiría,

Los minutos me parecían horas. Aquella mujer logró interesarme.

Con británica puntualidad llegué al *bar* y...

—Fuiste feliz—arguyó uno de los amigos.

—No, señor. Estuve aguardando á la damisela cosa de dos horas y sin comparecer. Me quedé compuesto y sin... reloj.

Todos rieron la novatada del amigo. Uno se atrevió á preguntar:

—¿Viste otra vez á la aprovechada pecadora?

—Sí, unas semanas después.

—¿Cómo se disculpó?

—Pues que su amigo halló en su bolso el reloj, y ella no tuvo más remedio que decirle que mi extraplano era un regalo que le hacía.

Los amigos redoblaron sus risas, mientras Carlos Reyes, uno de los que más reían la aventura de Pepe, mostrando su reloj, preguntó:

—¿Es acaso éste tu cronómetro?

—¡El mismo!—contestó asombrado Pepe.

F. de Sorel.

COPLITAS.

Como las naranjas fuiste,
coloradita por fuera;
en seguida de madura,
hasta los chicos las ruedan.

Sola te encontré en el mundo,
sóla te volví á dejar;
las mujeres que andan solas
son malas de acompañar.

Voy á ponerme de santo
encima de aquel altar,
para saber lo que pides
cuando vienes á rezar.

¿Ni en los labios ni en la cara
que no te vuelva á besar?
Y en los ojitos cerrados
sin que lo puedas mirar?

José Brissa.

LEA USTED EL JUEVES

El papa Abdón

Por el aplaudido autor de *El bateo*,

ANTONIO DOMÍNGUEZ

MI LABOR CON ADELA

APESAR de mis años, lectora amadísimas, las mujeres me quieren. Pero no las mujeres casadas y muy curtidas en amorosas contiendas, sino las niñas totalmente inocentes ó aquellas pecadoras que, aun habiendo sido livianas con muchos, guardan intacta la virginidad de sus almas.

—¡Amar!—suelen decirse esas heteras que, por vivir del amor, nunca tuvieron ocasión de conocer sus más depuradas sensaciones: ¿amar!... ¿Qué será eso?...

La que me quiere, pertenece á esta última casta. Me la presentaron á fines del pasado invierno: es una muchacha de diecisiete años, ondulante, no muy alta, pálida, los labios finos, los ojos magníficos cargados de interrogaciones y de tinieblas. Para colmo de seducciones, ama la literatura y se precia de conocer á los autores personalmente y de guardar autógrafos de los más célebres. Cuando me presentaron á ella, la impresión que mi vieja cascada personilla la produjo, fué de curiosidad y respeto...; sentimientos á los cuales no tardó en añadirse no sé qué vago movimiento de interés, compasión y filial ternura. En estos análisis, mi mirada de mundano viejo, más penetrante que la de Zadig, no se equivoca nunca. Después de examinarme en silencio, Adela exclamó pensativa, registrándome los ojos:

—Usted, don Felix, debe de ser muy bueno.

Luego, dijo:

—¿Es usted casado?

Yo repuse negativamente. Ella prosiguió, sin advertir en su admirable inconsciencia de cortesana, los despeñaderos morales por donde se aventuraba:

—¿Y tiene usted hijos?

—No, señorita

—¿De modo que no quiere usted á nadie?

—A nadie.

Hablamos mucho. Al despedirnos, cuando yo la pedía autorización para visitarnos de cuando en cuando, Adela repuso rindiendo entre mis manos la suya, llena de hoyuelos y de sortijas:

—Vaya usted á verme. Yo estoy muy sola; pero usted anda por el mundo tan solo como yo... y, además... usted es viejo. ¡Pobre don Felix!

Aquel ¡Pobre don Félix! me sedujo: era una exclamación que resumía el alcance sentimental de todo nuestro diálogo; era la fór-

mula de aquella emoción que en mi joven amiga producían mis años, mi soledad y esa expresión de tolerancia y pacífica resignación que lentamente el tiempo va dejando en nuestros ojos.

Pronto hará medio año que Adela y yo nos conocemos, y ya somos amigos íntimos, si bien entre nosotros no ha ocurrido todavía nada que no esté en los límites de lo paternal y perfectamente honesto. Estoy seguro de que hubiera podido obtener la absoluta



—¿Pero qué haces por esas alturas?

—A ver si encuentro una ostra.

—Deja, mujer, que ya te la buscaré yo.

posesión de Adela desde el primer momento, pero no quise. Yo necesitaba procurarme las refinadas alegrías de la victoria, y ya que el cuerpo de mi amiguita era como plaza indefensa ó campo abierto á todos los asaltos, me dediqué á la conquista de su espíritu virgen, adusto, dormido y como refractario á toda suerte de amorosos mirajes. Para ello, procuré buscarla emociones nuevas.

Muchos días de trabajo, por la tarde, he llevado á Adela á los merenderos de la Bombilla y, después de merendar, en vez de entregarnos á los placeres voluptuosos del baile, la he dejado correr libremente, compla-

ciéndome en verla trepar á los árboles, ó subirse á los columpios ó á los caballitos del Tío-Vivo, ó bien desnudarse de pie y pierna para meterse en el Manzanares hasta las rodillas... Con ello, yo quería despertar el espíritu de mi amiga, vigorizándola con salutíferas inhalaciones de verdadera niñez, demostrándola que los hombres también somos capaces de querer castamente y que fuera del amor hay numerosas, dulces y positivas alegrías.

A principios de Junio, pasamos quince días en un pueblecito gallego, delante del



—¡Anda... Llámame nenita!

mar. No bien comenzaba á despuntar el alba, Adela y yo íbamos al baño y luego de bien remojados, mientras yo fumaba en cuclillas sobre un peñón, ella corría por la playa, cogiendo caracolillos, persiguiendo á las olas que se retiraban, huyendo de las que venían... Por las noches, nos acostábamos en camas diferentes.

De este modo he ido apoderándome de la voluntad de Adela. Hoy mi amiga me quiere, me debe muchas horas de placer honrado, tiene, además y por razones bien explicables, *curiosidad* de mí... Al fin soy para ella un padre, un hermano y también un *novio*... puesto que para llegar á ella, me impuse la obligación de conquistarla.

Lentamente, el alma de Adela va acercándose á la mía, purificándose, ennobleciéndose... Los amadores viejos me comprenderán; no hay deleite comparable á la posesión de una voluntad que nunca ha amado.

Félix Recio.

SUEÑO DE AMOR

Es la hora enervante del ensueño. Bajo un palio de ramas verdinegras, y en un lecho de flores recostada, la Venus del amor duerme la siesta. Son sus carnes de nácar y de rosa, sus labios de carmín, de oro sus trenzas, y su cuerpo gentil tiene en las curvas la gracia tentadora de una griega. La Venus duerme. De su blanco seno brota el rumor amante de una queja, y sus labios modulan con delicia el nombre de un galán. ¡La Venus sueña! Sueña que aquel galán de talle esbelto, que la noche anterior vió en una fiesta, se arrodilla á sus pies, y entona un himno al eterno jurar de las promesas. Pasa Cupido por la verde fronda, y al verla tan feliz en su inocencia, le dió un beso en los labios con dulzura y en el seno le hundió la aguda flecha.

José Pastor.

GALANTERÍA CONYUGAL

Ayer llevaron á la Delegación á dos conyuges que andan siempre á la greña.

—¿Su edad de usted?—preguntaron á la mujer.

Y se adelantó á contestar el marido:

—Pongasté cuarentona.

—¡Ladrón! ¿De dónde tengo yo cuarenta años? ¡Si tenía veinticuatro cuando me casé con él!... Y ocho que han pasado después, treinta dos.

A lo cual replicó el marido:

—Tenía veinticuatro, y diez y seis, cuarenta: los años de guerra se cuentan dobles.

LA HIGIENE SOBRE TODO...



LLÁ va la última noticia *sui géneris* que ha rodado estos días por los lugares en que se reúnen los noctámbulos.

X., un joven abogado, buen criminalista, hombre de alegre vivir, muy conocido en los buenos círculos madrileños... (y no digo más porque añadir otro dato equivaldría á publicar su cédula personal) está en relaciones con una mujer casada. Hasta aquí, pese á los moralistas, el



—¡Qué calor hace en (este pueblo)! ¡Esta tarde me tiro al río!

—¿También?...

lance no tiene nada de particular. El galán y la amada se veían por las noches, mientras J., el esposo, jugaba al tresillo en el casino con varios generales valetudinarios y próceres de cuantía.

Días atrás la joven reveló á X. una noticia estupenda.

—Mi marido lo sabe todo.

¡¡Todo!!...

Y había en aquella exclamación del amor el miedo á la tragedia que se avecindaba, la tristeza del idilio que se rompía.

—Sí—repuso ella—; hoy, después del almuerzo, se encerró conmigo en el comedor y quiso arrancarme á viva fuerza la verdad.

—¿Y confesaste?

—No; fui valiente y negué. ¡Niega tú también!

—Así lo haré.

—Aunque lllore, aunque amenace... niega. En la fuerza de tu negativa está nuestra salvación.

Y se separaron, jurando morir á manos del Otelo, antes que traicionarse.

Aquella misma noche, cuando X. estaba concluyendo de ponerse el frac, recibió la visita de J. El esposo llevaba la severa levita y el rostro grave de las ocasiones solemnes.

—¿El señor X.?

—Servidor de usted.

—¿Conoce usted á la señora Sara D.?

—Sí.

—¿Esperaba usted mi visita?

—No.

—Lo celebro. A propósito de esa señora, que es la mía, necesito que hablemos.

X., afectando una tranquilidad candorosa que estaba muy lejos de sentir, invitó al recién llegado á tomar asiento.

—Hable usted—dijo—, estoy á sus órdenes.

J., desde luego, con un cinismo de viejo mundano, planteó la cuestión sin ambages.

—Caballero—dijo—, malas lenguas ó lenguas bien informadas aseguran que es usted amante de mi mujer. A esto he venido, á saber la verdad á toda costa, á todo trance. Tiene usted la palabra.

X., ajustándose perfectamente á las instrucciones que de Sara había recibido, empezó á

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR

EL PAPA ABDON

por Antonio Domínguez

20 CÉNTIMOS

á negar. La coñocía, sí, recordaba haberla visto en diferentes ocasiones, en el teatro, en el Hipódromo... hasta creía que una vez quisieron presentarle á ella... pero nada más: ¡ni siquiera se saludaban!...

Como aquellas declaraciones coincidían punto por punto con las de Sara, J. reconoció algo desconcertado. No obstante, insistió en su porfía, pulsando, según la joven había previsto, todas las cuerdas: la sentimental, la heroica, la persuasiva, la escéptica... Pero X. estuvo impenetrable: él no sabía nada, no había visto nada, todo aquello por que estaba pasando le parecía un mal sueño...

—¿Palabra de honor?—preguntó el esposo.

—Palabra de honor.

—¿Lo jura usted por su madre?

—Lo juro por mis vivos y todos mis muertos.

J., satisfecho, levántose para marcharse.

—He tenido mucho gusto en conocerle á usted. Calle de... número... tiene usted una casa.

—Usted acaba de tomar posesión de la mía.

Le acompañó hasta la puerta, feliz de verle marcharse tan alegre y confiado.

Y ya en el rellano de la escalera, J. tuvo una frase... ¡frase admirable, inmensa, inverosímil, de esas que no se olvidan!:

—Usted sabrá perdonarme las molestias que mi visita le ha causado—dijo;—pero he venido... porque en el casino me aseguraron que usted padecía de herpes en los labios...
...¡¡...!!

Jacinto Carmin.

CONFIDENCIA

Junto al clave sonoro,
donde duerme la vieja melodía,
á media voz, con la mujer que adoro
hablo de poesía.

✕

La recito en estrofas cadenciosas
la triste historia de mi amor sincero,
y escuchando mis rimas dolorosas
tal vez comprende cuanto yo la quiero.

✕

Así, el tiempo se pasa dulcemente
en grata confidencia misteriosa
hasta que alguna voz impertinente
llega á advertirnos, *que la vida es prosa.*

✕

“¡Siempre hablando de versos! ¡Desdeño-
sol,”

dice un bravo campeón del prosaismo.

Y un filósofo arguye sentencioso:

“¡oh, juventud! ¡Fatal romanticismo!,”

✕

¡Necios! ¿Qué he de sentir cuando amoro-
[sa

su mirada de luz clava en la mía?

¿De qué he de hablar al verla tan hermosa
más que de poesía?

Emilio Carrere.

APARTADO 547;

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

